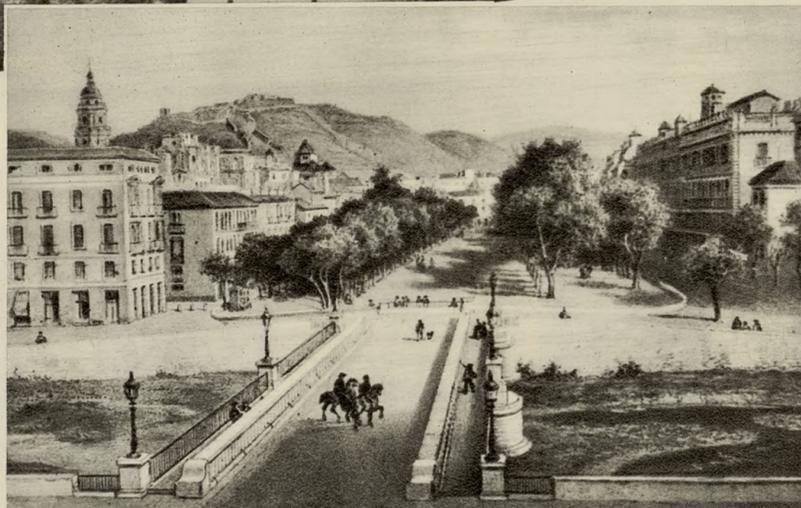


MÁLAGA LA TIERRA DONDE VIVIÓ LA FAMILIA SAN MARTIN

POR SEBASTIAN SOUVIRON



...hay bancos de piedra y por las tardes la gente principal se reúne aquí... (Estampa de Málaga en 1830).



La tumba de D. Juan San Martín—padre del General—tal como se encontró el 24 de Julio de 1947.



En una casa de esta manzana, aún no localizada, vivió la familia San Martín.

CAPITAN era y sólo capitán. Y por mucho que eruditos de hogaño quisieran buscarle tres pies al gato, jamás pasó de ser eso: capitán de la Española Infantería. Que no es poco y en ocasiones fué mucho. Había nacido en Paredes de Nava, tierra de Palencia. Ella era de Cervatos de la Cueva, en León y se llamaba Gregoria.

Juan y Gregoria se casaron y tuvieron cinco hijos. La única hembra se llamó María Elena. Esto no es más que una historia de familia, una de esas historias que no tienen más que un mínimo, menudo y humilde interés. Pero vamos por partes. De los cinco hijos, dos fueron para la milicia. En la corte borbónica arcos de Sabatini, puertas de Villanueva, y Carlos III armando la marimorena municipal Justo y José de San Martín y Matorras pasean sus galones de guardias del Real Colegio de Nobles.

Y ahora, hacia 1785, Málaga. Aquí les trae el destino. ¿Sabéis lo chico que es el mundo? Porque resulta que desde la calle de Pozos Dulces hasta Yapeyú había distancia. Distancia y galeones, singladuras de meses y trópicos cambiados. Y sin embargo Don Juan de San Martín vino desde Yapeyú junto al Uruguay, desde la línea fronteriza del virreynato de la Plata con su mujer y sus crios. Vino a Málaga, agregado de capitán del Estado Mayor de la fortaleza del Gibralfaro. Once años. Los primeros de capitán, los otros de jubinado del Ejército. Durante los últimos ¿qué hace Don Juan de San Martín en su casa de la calle de Pozos Dulces? ¿qué, después en la Alcazabilla, donde posteriormente traslada sus muebles coloniales y sus recuerdos de la tierra del Plata?

Hoy sabemos poco pero el tiempo por venir quizás sea generoso en noticias. Por lo pronto sabemos que el cadete de los Madriles—uno, José—está aquí, de guarnición en el Regimiento de Murcia. Sabemos también lo que gasta el cadete en su unidad. Seis reales de vellón diarios. Con ello el Regimiento le mantiene y le viste. Las tardes que no hay cuartel pasea la familia San Martín por los muelles de Levante, por la muralla del Faro o sube por las callejas de la Alcazabilla. Por aquí se llega a la plaza de la Merced, donde está el convento antiguo de la Madre de Dios. La plaza es amplia, rumorosa. Hay bancos de piedra, y por las tardes la gente principal de la ciudad se reúne aquí. Los árboles son aún jóvenes y apenas dan sombra. Pero ni los cadetes la necesitan ni las damas tampoco. A la hora del Angelus la plaza se llena de una sinfonia de campanas. De la catedral vienen las limpias notas que repiten las campanas de la torre de Santiago, las de las torres de la Merced, las de la espadaña de Santa Ana.

En 1795 Don Juan de San Martín tiene ya temblón el pulso y el corazón marchito. El primero lo muestra en las firmas que rubrican los protocolos notariales. Una letra indecisa, en zig-zag que contrasta con el vigor empleado en firmas de años atrás. En cuanto al corazón ¡ay corazón de los días de Yapeyú! se desgrana en preparar las cosas de familia para que todo esté en orden. A su mujer, Doña Gregoria Matorras le dejará el encargo de que teste por él. A su hijo Justo, el que cobre rentas y créditos que tiene en Palencia y en Madrid. A otros amigos del Reino de Indias—Nadal, Salinero—la cobranza de los frutos que producen sus bienes raíces en la orilla del Plata. Aquella orilla que fué escenario de su juventud, donde vivieron los tiernos años de José y de María Elena—los hijos predilectos—. Aquella orilla, sí, tan cerca en la nostalgia y tan lejana en la realidad.

Ahora estamos en 1796. Diciembre, es en esta tierra de paraíso ya lo dijeron los árabes adelantados del poeta moderno—una tierra para vivir más que para morir. Sin embargo las cosas son como son. El cuatro del mes amanece con un sol radiante que viene a despedir sobre la orilla del mar horaciano, del mar de muchas voces a un capitán español que dice en este día su adiós a las algas y a los geraneos, a los recuerdos y al pasado. A la vida.

Aquella tarde ya la casa de la Alcazabilla—¿cuál sería, cuál?—estalla en lamentos la viudez de Doña Gregoria; comienza a ver la desolación del lugar deshecho. Los hijos andan en batallones de milicias, en tierras del Plata donde nacieron, o en la sombra de la catedral de Palencia paseando con el racionero Matorras mientras se habla de la cosecha de las tierras, hogaño. Sólo María Elena San Martín, está hasta última hora arropando con su gracia y su donaire, los viejos muebles amados, aquella guirnalda de flores que un cadete del Regimiento de Murcia—compañero de su hermano José—le regalara dos primaveras atrás y los chineros cargados de finas porcelanas. Ya entrada la noche y trasladados a la Iglesia de Santiago los restos del capitán, Doña Gregoria y María Elena quedaron gimiendo su soledad mientras las campanas de la torre morisca les acompañaban en su dolor. Al filo de las once las vecinas que habían estado en el duelo se despidieron con palabras de circunstancias.

Después anduvieron juntas comentando como se hace en tales casos, las virtudes del difunto y lo bien que oían los jazmines de Santa Ana a pesar de estar en Diciembre. Y lo estrellada que estaba la noche.



Iglesia de Santiago en que reposan los restos de Don Juan San Martín.